

## **Editorial**

**Dr. Jesús Puerta**

### **Estado y Educación Superior**

Aparece este número de la revista **FACES** en un ambiente de debate nacional acerca de la educación superior. Hay posiciones tomadas y encontradas, con mucha fuerza, con una retórica de acusaciones y calificaciones (o descalificaciones). Esto es inevitable la radicalización de las posiciones es un ambiente que cubre prácticamente cualquier discusión sobre toma de decisiones en este país. No puede ser menos a propósito de una discusión acerca de la suerte de algo tan importante, como la educación superior.

Motivo polémico por excelencia, ha sido el tema de la autonomía. De un lado, se acusa al gobierno de pretender violar la autonomía; del otro, se señala a la otra parte de manipular, mentir y proceder como una pandilla atrincherada en sus últimas barricadas de poder. Un giro interesante sería reflexionar acerca del sentido de la autonomía, incluso de su validez actual y su horizonte.

Toda institución conforma una complejidad. Con esto quiero decir simplemente que los intervinientes en un debate, pudieran estarse refiriendo aspectos, niveles, planos, diferentes de la educación superior o de la universidad. Es decir, no discuten acerca de lo mismo. Aunque también podría sospecharse que este desvío de la atención, se produce precisamente porque los participantes saben muy bien acerca de qué se trata el debate, y, precisamente por eso, pretenden llamar la atención sobre elementos distintos.

Así, una universidad, pongamos por caso, siempre es el espacio de intersección de "campos" muy distintos, donde se hacen apuestas y se juegan "juegos" muy diferentes. La universidad es un lugar de yuxtapuestos intereses y marcos de significación contrapuestos, heterogéneos. En las universidades es evidente, en primer lugar, que hay una pugna política por posiciones de poder, entre grupos y tendencias políticas, articuladas a las que se enfrentan nacional o localmente por otras instancias como una alcaldía, una diputación, un gobierno. En las universidades también hacen vida participantes de comunidades científicas, cuya identificación se hace patente en eventos nacionales o internacionales, congresos, encuentros, simposios, o en determinadas publicaciones. Es una vieja queja de esos auténticos académicos o investigadores, que las instancias de decisión de las universidades (y de los otros organismos del estado) estén ocupadas por activistas de posiciones políticas, y no por académicos de oficio, reales.

Pero también las universidades son atravesadas por las luchas e intereses reivindicativas, económicas y sociales de los gremios, de las colectividades de trabajadores que en esas instituciones laboran (obreros, empleados y profesores). Igualmente, las universidades son organizaciones, administraciones, que juegan algún tipo de racionalidad burocrática para su funcionamiento. Para completar esta complejidad, habría que hablar de los intereses de ascenso social o de confirmación del capital de prestigio de ciertas clases sociales, representadas en el medio universitario por los estudiantes.

Esto viene a colación respecto al tema de la autonomía, porque éste, en el marco actual, reviste una significación fundamentalmente política táctica. Lo que se juega en el debate es, al final, más allá de otras consideraciones, quién manda a quién. Si existe un enfrentamiento respecto a la orientación ideológica de cada actor del conflicto, por supuesto que el lenguaje utilizado refleja las dimensiones del posicionamiento.

Habría entonces que preguntarse si a los académicos e investigadores nos interesa jugar a ese juego y con qué objetivos. En todo caso, ya tenemos experiencia de sobra de que los problemas estrictamente académicos nunca tienen una atención adecuada en este tipo de debate. Por ejemplo ¿las universidades no son parte del estado nacional? ¿No deben participar de las orientaciones generales del desarrollo del país para actuar en consecuencia? ¿Son sólo las universidades autónomas las llamadas a definir programas, carreras, etc.?

La discusión sigue. Pero habría que centrar la reflexión, ya sabiendo sin ingenuidades cuál es el juego, qué papel, qué objetivos, tendrían los investigadores en este debate. Digo, para no caer por inocentes.